

DEBORAH EADE

Mujeres y conflictos armados

La despolitización del análisis de los conflictos (que han pasado a considerarse emergencias complejas) y la consideración de sus víctimas como meros beneficiarios de ayuda son categorías organizativas de los programas de ayuda que han llegado a confundirse con la realidad. Sin embargo, “hay una diferencia entre sufrir injusticias y considerarse una víctima”. Las mujeres de Indonesia y Bosnia-Herzegovina tuvieron el coraje de denunciar el uso de la violación como arma de guerra, obligando a la comunidad internacional a reaccionar. Su iniciativa fue fundamental para poner sobre el tapete un problema al que hasta entonces no se había prestado atención. Embarcarse en un diálogo constructivo con las comunidades y grupos, considerarlos actores sociales con capacidad para definir sus prioridades y objetivos, implica un radical cambio de enfoque en el acercamiento a las comunidades afectadas por la guerra y la violencia.

Las estadísticas son bien conocidas y ya han perdido el poder de impactar: “las guerras actuales no se hacen en campos de batalla delimitados sino en ciudades, pueblos y hogares de gente común. El hecho de que el 90% de las víctimas de las guerras actuales sean civiles y que cuatro de cada cinco refugiados y personas desplazadas sean mujeres y niños... son datos citados con tanta frecuencia que difícilmente nos paramos a pensar en lo que significan”.¹ A esto se puede añadir que un quinto de la humanidad sobrevive con menos de un dólar por día, y más del doble de esta cantidad vive cada día con menos de lo que cuesta comprar una lata de la —sin embargo— omnipresente Coca Cola. O que dos tercios de las personas más pobres del mundo son mujeres, como lo son dos tercios de los adultos que no saben leer ni escribir.

Deborah Eade es directora de *Development in Practice* y autora de varios trabajos como *Capacity-Building; An Approach to People-Centred Development* (1997). Coautora, con Suzanne Williams, de *The Oxfam Handbook of Development and Relief* (1995). Las opiniones aquí expresadas lo son a título personal. Para más información, consultar www.developmentinpractice.org

Traducción:
Mariana
Mendizábal

¹ Deborah Eade (ed), Prefacio de *Development in States of War*, Oxfam, Oxford, 1996. En español, *Desarrollo en Estados de Guerra*, CIP/ICARIA, 1998.

Las mujeres no ocupan puestos de poder en las principales instituciones sociales del mundo

Las mujeres son responsables de la mayor parte del trabajo no remunerado en el hogar y en la comunidad. Tampoco tienen una representación proporcional a escala mundial dentro de los "pobres que trabajan" y ganan menos que los hombres en todos los países del mundo (en algunos casos, significativamente menos). La mayoría de las víctimas civiles de una guerra y la mayoría de las personas que pierden su hogar o su patria como resultado de un conflicto armado también son pobres.

Es importante mencionar otras estadísticas, quizá menos conocidas: la violencia masculina contra las mujeres es tan común que, en el Foro Mundial de Mujeres contra la Violencia, celebrado en España en noviembre de 2000, se concluyó que el 50% de todas las mujeres ha experimentado algún tipo de violencia física, la abrumadora mayoría por parte de los hombres más cercanos a ellas: parejas, padres, hijos y tíos. La frecuencia del incesto, en general entre hombres adultos y niñas menores de edad, sólo ahora está saliendo a la luz. Esta llamada violencia "doméstica" se mantiene, en gran parte, invisible: resulta demasiado prosaica, vergonzosa o atemorizante para que las víctimas puedan hablar en público, y demasiado privada o íntima para que los de fuera se involucren.

Por contraste, merece la pena subrayar dónde *no* se encuentran las mujeres. Con un promedio mundial de sólo un 13% de miembros en asambleas legislativas nacionales y un máximo regional (en Asia y América) de apenas un 15%, las mujeres están escasamente representadas en los Gobiernos.² Tampoco, salvo excepciones individuales destacadas, se encuentran en las juntas directivas de las empresas, la bolsa de valores, los altos mandos militares, los altos cargos de la judicatura o la cúpula de cualquiera de las principales religiones. Asimismo, aunque hay mujeres al frente de algunos organismos intergubernamentales, en la ONU y, de manera más acusada, en las instituciones de Bretton Woods, los principales responsables de la formulación de políticas y de la cultura institucional son hombres. Tampoco, a pesar su acalorada retórica a favor de proyectos de desarrollo justos desde la perspectiva de las mujeres, las ONG se comportan mejor en lo que se refiere a la ubicación de las mujeres dentro de sus propias jerarquías y división del trabajo.³ En otras palabras, las mujeres no ocupan puestos de poder en las principales instituciones sociales del mundo, a pesar de estar profundamente afectadas por ellas, muchas veces de forma muy negativa.

Después de la caída del Muro de Berlín: un enfoque macro

El desmoronamiento del Muro de Berlín en 1989 y el supuesto colapso del comunismo poco después, significó que las guerras (sobre todo en el Tercer Mundo) ya no se podían definir, financiar o estar motivadas por las ideologías de la Guerra Fría. Por lo tanto, algunas guerras que habían comenzado mucho tiempo atrás ter-

² UNRISD, *Visible Hands: Taking Responsibility for Social Development*, UNRISD, Ginebra, 2000.

³ Wendy Carson, "Rhetoric to reality: a psychological approach", en Fenella Porter et. al. (eds), *Gender Works: Oxfam Experience in Policy and Practice*, Oxfam, Oxford, 1999, pp. 154-155.

minaron abruptamente.⁴ Pero muchas otras continuaron y nuevas guerras estallaron. Sin una ideología superior capaz de explicar estos conflictos internos —muchos de ellos muy violentos y aparentemente sin sentido— los responsables de la formulación de políticas y los expertos comenzaron a usar, cada vez más, el término “emergencia política compleja”. Con él nacieron las industrias de la “conflictología” y la “pacificación”.

Un argumento central presentado por investigadores como Mark Duffield es que el paradigma de desarrollo posterior a las guerras ha reforzado —y muchas veces generado— la dinámica que conduce a estos conflictos y que los programas de ayuda, a menudo, los han alimentado.⁵ De hecho, parte importante de la culpa ha recaído sobre los organismos intergubernamentales y las ONG, especialmente en los casos de Sudán, Ruanda, Bosnia, Kosovo y Timor Oriental.

La creencia imperante —de hecho, sobre ella se basaban los programas de ayuda— solía ser que la paz, que se asumía como una condición previa para el desarrollo, representaba la norma y el conflicto la aberración; y que ambos podían estar, de alguna manera, ligados por una fase de reconstrucción que conduciría hacia el “retorno a la normalidad”. El pensamiento actual sostiene que el conflicto en sí mismo se puede volver norma, particularmente cuando la ayuda humanitaria que llega desde fuera permite el florecimiento de una economía de guerra. Algunos autores han escrito sobre la necesidad de “generar” desarrollo, aún en medio de la guerra.⁶ En lo que se puede percibir como un consejo de la desesperación, varias de las principales ONG parecen haber perdido la confianza en el proyecto transformador que representa el “desarrollo” y, en cambio, han desviado recursos y atención hacia programas de ayuda destacados y sólidamente financiados.⁷

⁴ En el punto álgido de la guerra civil en El Salvador, la Administración Reagan inyectaba en el país el equivalente a un millón de dólares estadounidenses por día, bajo la forma de ayuda económica y militar para el Gobierno salvadoreño. Con el colapso de la URSS, esto se volvió políticamente insostenible. Los niveles de ayuda cayeron dramáticamente y, finalmente, el Gobierno salvadoreño se vio forzado a acudir a la mesa de negociaciones.

⁵ En realidad, es difícil que esto sea un fenómeno nuevo. La estructura socioeconómica de El Salvador, por ejemplo, debe mucho a la devastación de la población indígena que comenzó con la conquista española y a la posterior relación con Estados Unidos, que condujo al establecimiento de grandes plantaciones para la exportación de materias primas, con la consiguiente carencia de tierras para el cultivo. En los años setenta, el Gobierno de Estados Unidos consideró que, si quería perpetuar esta estructura, era necesario hacer concesiones sobre la propiedad de la tierra. Sin embargo, cuando encontró resistencia empleó todo su poderío para apuntalar el sistema.

⁶ Por ejemplo, Chris Roche, “Operationality in turbulence: the need for change”, en *Development in Practice*, 4(3), 1994, reimpresso en Deborah Eade (ed), *Development in States of War*, Oxfam, Oxford, 1996. En español, *Desarrollo en estados de guerra*, CIP/Ícaria, 1998.

⁷ Sin embargo, la comunidad internacional es selectiva. De acuerdo con el *Oxfam GB Briefing Paper* de mayo de 2000, en 1999 la Oficina Humanitaria de la Comunidad Europea gastó más de la mitad de su presupuesto de ayuda en Kosovo y en áreas asoladas por la guerra en la antigua Yugoslavia; cuatro veces más de lo que asignó, en su conjunto, a los 70 países ACP (África, Caribe y Pacífico).

Aunque la guerra, sin duda, implica dolor y privaciones inenarrables, y sería perverso alegar que este sufrimiento tiene algún valor o propósito transformador intrínseco, es probable que la situación previa a la guerra no haya sido especialmente favorable para las mujeres. También sería un error negar que muchas personas saben cuáles son los cambios que necesitan sus sociedades, aunque estas aspiraciones ya no estén sujetas a un proyecto político coherente o internacional, o que muchas mujeres encuentran nuevas fuerzas y nuevas formas de expresión política en medio de la guerra.

La micropolítica del “yo también”

La segunda tendencia a señalar es la “política de identidad” (una vez más, un producto del posmodernismo). En muchos países, los partidos políticos han sido desacreditados y reemplazados por formas de movilización organizada en torno a alguna faceta de la identidad social. Los motivos se encuentran, en parte, en una desconfianza generalizada hacia la política formal: la abstención o los votos de protesta son los medios que muchos ciudadanos de las democracias liberales occidentales eligen hoy en día para expresar sus opiniones en las urnas. Esto, a su vez, se explica en parte por la incapacidad de los partidos políticos tradicionales para reaccionar ante la diversidad de necesidades e intereses que se encuentran en cualquier sociedad. Muy pocos partidos tradicionales han tratado asuntos como el cuidado de la infancia, la medicina de la mujer, la igualdad de oportunidades, la legislación contra el racismo, las pensiones o las necesidades de transporte para los discapacitados, como parte central de sus programas electorales. Antes al contrario, los ciudadanos con recursos se están pagando sus costes sociales, al tiempo que se menoscaban los presupuestos para llegar a aquellos que no pueden permitírselo. Como apunta UNRISD, “las economías de mercado asumen que los nuevos trabajadores llegan a las puertas de la fábrica sin coste alguno, sanos, alimentados y educados. Lo único que el patrón tiene que hacer es pagar por el trabajo del día”.⁸

Es fundamental incentivar a diferentes sectores de la población para que denuncien la discriminación y defiendan sus derechos como ciudadanos, así como asegurarse de que las políticas sociales se basan en las necesidades expresadas por la gente y no en lo que burócratas y políticos piensan que es bueno para ellos. Los individuos y los grupos deben resistirse a ser considerados como una masa homogénea y deben desafiar las suposiciones normativas hechas en su nombre.

Pero hay dos problemas que derivan de esta atención sobre el individuo, cuando ésta se vuelve la razón de ser de la acción política o el principio organizativo de los programas de desarrollo y ayuda. El primero es que lleva a que diferentes grupos prácticamente compitan entre ellos por el derecho a reclamar la condición moral elevada de ser, “yo también”, una víctima. De esta manera pierden de vista la dimensión de las diferentes clases de injusticias y se olvidan de que la discriminación está inmersa en relaciones sociales más amplias. Por ejemplo, en el

⁸ UNRISD, *ibidem*, p. 135.

Reino Unido existe la idea de que, como las chicas están superando a los chicos en rendimiento académico, se deben invertir mayores recursos en estos últimos. La cuestión fundamental es que, a pesar de su mejor rendimiento, las mujeres tienen unos ingresos medios que sólo alcanzan el 70% de los ingresos de los hombres. Invertir esta situación requeriría un cambio social y económico de tal envergadura que es muy improbable que algún Gobierno lo promueva (a pesar de que esos cambios producirían, a largo plazo, una sociedad más equilibrada).

El segundo problema es que la atención se centra, cada vez más, en lo que nos separa y divide, en lugar de hacer hincapié en lo que los seres humanos tenemos en común y en nuestra capacidad de comportarnos solidariamente. La conclusión lógica es, en primer lugar, que no pueden existir causas comunes entre diferentes grupos y, mucho menos aún, entre diferentes culturas. Por lo tanto, "...si pretendemos identificar subgrupos que han sido silenciados dentro de la sociedad mediante su amalgamamiento en la masa, ¿a dónde conducirá esto en última instancia? ¿Es que los grupos que merecen ayuda externa para lograr el reconocimiento de sus derechos son cada vez más pequeños? ¿Es que las identidades se formarán, cada vez más, en torno a historias especiales y particulares? Si es así, ¿cómo manejarán las sociedades las fuerzas centrífugas rupturistas de tales grupos?"⁹

Paradójicamente, realzar el respeto por el individuo puede, dentro de la industria de la ayuda internacional, hacer crecer una forma de relativismo cultural que sostiene que todo está bien como está, por más evidente que resulte que esto no es cierto para todos los miembros de esa cultura, y puede incluso ser refutado por ellos. Mary B. Anderson advierte que muchas veces "admitir la diversidad cultural se utiliza para justificar la aceptación de la dominación y explotación que existe dentro de las sociedades".¹⁰ También dice: "Un ejemplo importante de esto es la reclamación que hacen algunos profesionales, tanto extranjeros como locales, de que la ayuda no debería pretender cambiar las relaciones entre hombres y mujeres en aquellas sociedades donde se ofrece. Una vez más, la cuestión no es tan simple. ¿Cuál es el equilibrio apropiado entre un compromiso con los valores universales (como la igualdad) y la consideración de los valores locales que difieren de (o niegan) los valores universales?"

Macro contra micro: ¿dónde intervienen las organizaciones?

Muchas de las ONG con más experiencia están actualmente de acuerdo con la idea de que la norma no es la paz armoniosa, interrumpida temporalmente por el conflicto (como si éste fuera algo ajeno a la sociedad, como un ciclón o un terremoto), y que las cosas no "volverán a la normalidad" una vez que terminen los enfrentamientos. En otras palabras, la ausencia de guerra no es lo mismo que la

⁹ Mary B. Anderson, "Understanding difference and building solidarity: a challenge to development initiatives", en Deborah Eade (ed), *Development and Social Diversity*, Oxfam, Oxford, 1996, p. 14.

¹⁰ Mary B. Anderson, *ibidem*, p. 12.

Es mucho más fácil definir a la gente como beneficiarios de ayuda que comprometerse en un diálogo con ellos

paz. También hay mucha más conciencia, al menos en teoría, de que las campañas de desarrollo y ayuda pueden beneficiar a alguna gente y, sin quererlo, perjudicar a otra, de ahí la máxima de “ante todo, no perjudicar” (lo que, categóricamente, *no* significa “no hacer nada”).

Sin embargo, las estructuras organizativas de las ONG tienden a rememorar esta idea lineal que se tenía antes, ya que la mayoría hace la distinción *de facto* entre “emergencias” (de corta duración) y “desarrollo” (que parece durar por siempre, sin llegar a ningún lado). Estos departamentos trabajan de forma diferente, a diferentes ritmos y requieren diferentes tipos de habilidades profesionales. Hasta su financiación suele provenir de fuentes diferentes y por tanto con distintos compromisos. No es sorprendente, pues, que sus visiones del mundo difieran. Como Jenny Pearce ha señalado, “los conflictos tienen una historia social: no son categorías abstractas”.¹¹ Pero las organizaciones de ayuda tienden a definir los conflictos armados como una emergencia y sus trabajadores de apoyo (generalmente hombres) tienen muy poco conocimiento de la historia social a la que son “catapultados” mientras se trasladan de Sierra Leona a Sri Lanka, vía Bosnia.

Las interpretaciones actuales del conflicto se centran, principalmente, en el contexto macro y prestan poca atención a la acción política de las bases, a la capacidad de la gente normal de actuar por el bien común para conseguir lo que consideran una sociedad justa. Muchas veces se escucha hablar de los ciudadanos como víctimas inocentes, como títeres políticos o incluso como cínicos y manipuladores que se aprovechan de la ayuda que reciben. Son menos las veces que se escucha hablar de sus pequeños actos de coraje, de su capacidad de provocar y reaccionar ante un cambio positivo o de sus aspiraciones. Jenny Pearce dice al respecto: “es esencial una evaluación real sobre cómo las relaciones de género afectan a la capacidad de las mujeres pobres y desvalidas de ejercer su papel en la situación posterior al conflicto. Según mi experiencia, pocos de los profesionales hombres involucrados en programas de ayuda externa son capaces de hacer esa valoración...”.¹²

En términos logísticos, es mucho más fácil definir a la gente como beneficiarios de ayuda que comprometerse en un diálogo con ellos, en especial cuando la velocidad de respuesta de la organización se vuelve la consideración primordial. Si se contempla a las personas refugiadas y desplazadas independientemente de su historia social, es más fácil verlas como víctimas (y “grupos objetivo”) que como actores sociales. Cuando las emergencias se consideran acontecimientos aislados y no se tiene en cuenta que están inmersas en una complicada red de procesos sociales, económicos, políticos y culturales, entonces se vuelve más fácil para las organizaciones de ayuda trabajar en proyectos individuales para asistir o hasta “incentivar” a grupos prioritarios específicos: los discapacitados, la tercera edad, los hogares uniparentales femeninos, los menores de 5 años, las

¹¹ Jenny Pearce, “Sustainable peace-building in the South: experiences from Latin America”, en Deborah Eade (ed), *From Conflict to Peace in a Changing World: Social Reconstruction in Times of Transition*, Oxfam, Oxford, 1998, p. 74.

¹² Jenny Pearce, *ibidem*, p. 84.

víctimas de violación, etc. Obviamente, los programas de ayuda no se pueden hacer cargo de todo; del mismo modo, los organismos de ayuda tienen el derecho y la responsabilidad de establecer prioridades y delimitar el alcance de sus actividades. El problema surge cuando estas categorías organizativas se confunden con la realidad. Esto puede llevar a que los beneficiarios se perciban a sí mismos en relación con un conjunto de características o atributos objetivos (y por lo tanto, despolitizados) que los hacen merecedores de ayuda y corren el riesgo de volverse, ellos mismos, despolitizados o, en otra palabra, pasivos.

¿Víctimas o actores sociales?

Las mujeres son víctimas de violencia, de políticas macroeconómicas y de diferentes tipos de abuso y discriminación. Pero considerar a las mujeres simplemente como víctimas de estas fuerzas sería aún más injusto con ellas: hay una diferencia entre sufrir injusticias y considerarse una víctima. El uso de la violación como instrumento de guerra pretende, precisamente, socavar la identidad personal y social de las víctimas y la integridad de la persona por medio de la tortura y la humillación. La práctica de la desaparición política, muy utilizada en América Latina, pretende aterrorizar y paralizar a los familiares de las víctimas, a sus comunidades y a todos sus conocidos. Ambos mecanismos son enormemente efectivos para sembrar el terror y un sentimiento de caos moral. Pero lo realmente importante es la manera en que las víctimas pueden superar juntas esa brutalidad y encontrar la fortaleza para denunciarla y luchar contra ella.

El hecho de que Pinochet pueda aún enfrentarse a un juicio por las torturas y asesinatos cometidos bajo su dictadura debe más a la determinación y el coraje de grupos pro derechos humanos y familiares de desaparecidos que al Derecho Internacional. El hecho de que ahora se invoque explícitamente la violación en casos contra criminales de guerra debe más al coraje de las mujeres de la ex Yugoslavia e Indonesia, a la hora de denunciarlo, que a la comunidad de ayuda internacional. Una vez roto el silencio, es probable que muchas de estas mujeres continúen cuestionando la violencia contra ellas fuera del contexto de la guerra y también es probable que empiecen a desafiar las relaciones de poder entre los sexos dentro de sus propias sociedades. La pregunta es si tendrán éxito en trasladar este asunto de la órbita del conflicto al debate sobre el desarrollo, y si las organizaciones de desarrollo están preparadas para ayudarlas en su empeño.

Bibliografía

- Mary B. Anderson, “Understanding difference and building solidarity: a challenge to development initiatives” en Deborah Eade (ed.) *Development and Social Diversity*, Oxfam, Oxford, 1996.
- Wendy Carson, “Rhetoric to reality: a psychological approach”, en Fenella Porter et. al. (eds.), *Gender Works: Oxfam Experience in Policy and Practice*, Oxfam, Oxford, 1999.
- Deborah Eade (ed.), Prefacio de *Development in States of War*, Oxfam, Oxford, 1996. En español, *Desarrollo en Estados de Guerra*, CIP/ICaria, 1998.

- Jenny Pearce, "Sustainable peace-building in the South: experiences from Latin America", en Deborah Eade (ed.), *From Conflict to Peace in a Changing World: Social Reconstruction in Times of Transition*, Oxfam, Oxford, 1998.
- Chris Roche, "Operationality in turbulence: the need for change", *Development in Practice*, 4(3), 1994; reimpresso en Deborah Eade (ed.), *Development in States of War*, Oxfam, Oxford, 1996. En español, *Desarrollo en estados de Guerra*, CIP/Ícaria, 1998.
- UNRISD, *Visible Hands: Taking Responsibility for Social Development*, UNRISD, Ginebra, 2000.